

CHILE PENTECOSTAL

«El que ama la corrección, ama la sabiduría.» Prov. 12:1

AÑO II

CONCEPCION, ABRIL 1º DE 1912

NÚM. 18

CHILE PENTECOSTAL

REVISTA EVANGÉLICA QUINCENAL

REDACCION Y ADMINISTRACION

CALLE FREIRE 1229
CONCEPCION-CHILE

SUSCRIPCIONES:

Un año.....	\$ 5.00
Seis meses.....	2.50
Tres meses.....	1.25
Número suelto.....	0.10

Todas las comunicaciones y pagos diríjanse á la Redacción de CHILE PENTECOSTAL, Casilla 934.

El problema de las Iglesias

Las Iglesias todas tienden á un fin común: la santidad del hombre para alabar y glorificar á Dios.

La Iglesia de Cristo está constituida por pecadores arrepentidos que van tras la santidad y por pecadores que van tras el arrepentimiento de sus pecados. Y en este orden la Iglesia que anda en los caminos del Señor aumenta en santidad y en número.

Una de las seguras señales que muestran el estado espiritual de una Iglesia es sin duda el estado de sus finanzas y podemos decir con la seguridad de no equivocarnos jamás que la Iglesia que anda en santidad de vida tiene prosperidad en su Caja.

El problema, pues, del sostén propio de las Iglesias no es un problema que puede resolverse tan fácilmente, como pareciera á primera vista, echando mano á la organización de cierto plan que pueda dar los resultados que se desean; no, este problema no puede desligarse en absoluto de la vida espiritual de sus miembros y su prosperidad financiera llegará á su período de mayor holgura á medida que la santidad aumenta en el corazón de cada uno de sus miembros porque los santos glorifican y alaban á su Señor con *todo lo que el Señor les da*.

¿Hay mezquindad en el corazón de algún cristiano? Busquemos su corazón y no le hablemos de su pecado sino procuremos sacarlo de su pecado llevándolo á mayor santidad y entonces veremos como la mezquindad de ese corazón pequeño será cambiada con la santidad en una generosidad abierta de un corazón grande. Este fenómeno es exactamente como la frutas, las cuales caerán del árbol solamente cuando están maduras.

Tenemos, pues, delante de nosotros este problema y corresponde á los directores espirituales de las Iglesias de estudiarlo seriamente porque sus Iglesias darán solamente el fruto de la medida de su santidad.

Hay, sin embargo, un aspecto singular en este asunto y es que en muchos casos lo único que está impidiendo la santidad de un hombre que está en los caminos del Señor, es el permanecer con su bolsillo cerrado para la Iglesia de su Dios porque ese es el punto único que se está reser-

vando para sí y naturalmente todos sus esfuerzos en el sentido de avanzar en el camino hacia arriba son inútiles porque esa amarra le impide y le hace permanecer preso voluntario. Córtese esa cadena y veremos como el hombre marcha adelante y mientras mayor sea el peso que quita á sus bolsillos, mayor será la velocidad de su ascensión á las moradas de los santos.

San Pablo dice: «El amor al dinero es la raíz de *todos* los males» y si cortamos la raíz, el mal desaparecerá y la santidad ocupará su lugar.

El problema, pues, de las Iglesias, queda presentado para su estudio y meditación.

CONSOLACION

ISAÍAS 40: 1 5

Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios.

Hablad al corazón de Jerusalem: decidle á voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados.

Voz que clama en el desierto: Barred camino á Jehová: enderezad calzada en la soledad á nuestro Dios.

Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane.

Y manifestaráse la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá; que la boca de Jehová habló.

El «Hermano Pretexto»

El «Hermano Pretexto» es muy viejo. Nació en el Edén. Gen. 3: 12-13.

Formó escuela y se ha hecho universal.

Sus discípulos forman legiones cosmopolitas, y ha tomado carta de ciudadanía en la Iglesia de Cristo.

Abundan como zizaña entre el trigo de la mies del Señor.

Es el «siervo inútil» que esconde su talento en un pañuelo.

Es el hermano mayor que no tiene gusto en la vuelta del pródigo.

Como las cinco vírgenes imprudentes, no adereza su lámpara en espera del Esposo.

Como Caín pregunta: «¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?»

Como el mayordomo tramposo, agrada al mundo y roba á su hermano.

Como el mayordomo infiel maltrata á sus consiervos y se hace digno de las tinieblas de afuera.

Como los convidados á las bodas del Hijo del Rey, tiene mil inexcusables excusas para no cumplir su deber.

«Hermano Pretexto» está seriamente atacado de incredulidad, lo cual le hace indiferente y despechado. Más que tibio, es frío; es más rémora que colaborador de la Buena Obra; es más busco-faltas de sus hermanos, que apreciador de los buenos dones que hay en ellos.

Para el «Hermano Pretexto» todo va mal en la Iglesia. Lejos de reír como optimista Heráclito, llora como pesimista Demócrito. Como Catón se suicida al leer el *Phedon* de Platon para disertar de las penalidades de la vida, «Hermano Pretexto» niega á su alma la vida espiritual por no llevar la cruz de Cristo.

El dolor le acobarda, el placer le atrae, pues ignora que el primero es un bien, si cultiva una voluntad fuerte y una resignación noble, y que el segundo es un mal, si se enerva nuestra fe y nuestra virtud.

«Hermano Pretexto» se sienta en la cátedra de crítica en zancos, para parecer alto, y todas las predicaciones le parecen alusiones personales; la casa de culto le parece un anacronismo, las oraciones las cree prolijas, los himnos monótonos, y el periódico religioso evangélico no le llama la atención, porque no trae caricaturas, ni política de pacotilla, ni chistes tabernarios.

El «Hermano Pretexto» es gemelo de «Hermana Excusa», y ésta es pariente muy cercana de la mentira, por lo que se colige que es embustero, y que todos sus pretextos y excusas son puras mentiras.

El «Hermano Pretexto» se niega á todo lo que se le comisiona en la Iglesia, y siempre tiene razones espaciales para negarse. Es un fósil, una momia entre la actividad de sus hermanos. La moral evangélica le parece dura, supersticiosa, impracticable. El cumplimiento de los mandamientos de Dios, una imposibilidad, un sarcasmo. Asistir con regularidad al culto lo estima como fanatismo.

Las más veces dice no asistir por enfermedad, pues sufre reuma en los dientes, ó pulmonía en la cabeza, ó indigestión pulmonar, ó oftalmía intestinal, ó lumbago cardíaco, y adivina que padece inanición en el alma y catalepsia espiritual. Razones hay poderosas para no asistir: el calor, el frío, la lluvia, el polvo, el lodo, el aire, falta de luna, las visitas, los negocios, las familias, etc., etc.

El «Hermano Pretexto» se niega á contribuir para el sostén de la iglesia, alegando que antes tiene que pagar sus deudas, cumplir sus compromisos financieros, porque al Señor no le agradan los

cristianos que tienen deudas y no las pagan. Cuando el «Hermano Pretexto» no tiene deuda, no le faltan compromisos que satisfacer y por consiguiente él no puede dar para la iglesia. El «Hermano Pretexto» no puede dar el diezmo á la Iglesia porque todos los meses tiene que depositar en la Caja de Ahorro una parte de sus entradas para formarse un capitalito para trabajar y si da los diezmos á la iglesia no puede ahorrar. El «Hermano Pretexto», en fin, tratándose de dineros, es un pozo de sahiduría, un arsenal de argumentos colocados de tal manera que forman una fortaleza formidable en defensa del bolsillo.

Como se ve, el «Hermano Pretexto», está en las fronteras de la apostasía, y en inminente peligro de que los siete espíritus peores vuelvan, y sean sus postrimerías peores que sus principios; y por tanto, cuando vemos algún pobre hermano que recurre á pretextos y excusas para no cumplir su deber debemos redoblar nuestro empeño para arrebatarle de tan peligrosa pendiente, salvando así nuestra solemne responsabilidad.

Hagamos esfuerzo por extinguir el funesto hábito de excusas de los tibios, morosos y semi-cristianos que hay en nuestras congregaciones.

PEDRO VALDÓ.

(Arreglado para CHILE PENTECOSTAL de «El Faro» de Méjico.)

El hombre que confía en las riquezas y honra de este mundo, olvidado de Dios y de la salvación de su alma, es como un niño que tiene en una mano una hermosa manzana de agradable exterior, que promete dulzura, pero que de dentro está podrida y llena de gusanos.

LUTERO.

El plan de la Redención

Supongamos que existe un cementerio grande circundado por un muro alto con una sola entrada asegurada por una gran puerta de fierro, cerrada con cerrojos: dentro de estos muros hay millares de seres humanos, de todas las edades y clases, infestados por enfermedades epidémicas y están inclinados hacia la sepultura y ésta se ensancha para recibirlo, teniendo todos que morir.

No hay bálsamo para aliviarlos, no hay médico para curarlos y tienen que perecer.

Esta es la condición del hombre como pecador. Todos, todos han pecado, y el alma que pecare, esa morirá.

Mientras que estaba el hombre en esta condición deplorable, Misericordia, uno de los atributos de Dios, descendió, se paró junto a la puerta, miró atentamente la escena y lloró exclamando: «¡Oh! si pudiera yo entrar, vendería sus llagas, aliviaría sus pesares y salvaría sus almas.»

Mientras estaba Misericordia a la puerta llorando así, una embajada de ángeles, probablemente en viaje a algún otro mundo, pasando por encima, se detuvo a mirar el espectáculo y el cielo perdonó su detención.

Viendo parada allí a Misericordia, los ángeles gritaron: «¡Misericordia! ¡Misericordia! ¿No puedes tú entrar? ¿Puedes tú contemplar esta escena y no compadecerte? ¿Puedes tener compasión y no aliviarlos?»

Misericordia contestó: «Yo puedo ver», y con lágrimas añadió: «Yo tengo lástima, pero no puedo dar alivio.» «¿Por qué no puedes entrar?» «¡Oh! dijo Misericordia: Justicia ha cerrado la puerta con llave contra mí y yo no puedo y no debo abrirla.» En este momento apareció Justicia, como para guardar la puerta, y los ángeles la interrogaron: «¿Por qué no

quieres dejar entrar a Misericordia?» — Justicia contestó: «Mi ley es quebrantada, y debe ser honrada; por eso han de morir ó Justicia lo tiene que hacer.»

En este instante apareció una forma entre la hueste angélica semejante al Hijo de Dios, quien, dirigiéndose a Justicia dijo: «¿Cuáles son tus demandas?» Justicia contestó: «Mis términos son austeros y rígidos: tengo que recibir enfermedad por salud, he de recibir ignominia por honor y muerte por vida; sin el derramamiento de sangre no hay remisión.»

«Justicia», dijo el Hijo de Dios, «Yo acepto tus términos. Sobre mí caiga la culpa y deja entrar a Misericordia.»

«¿Cuándo puedes cumplir esta promesa?», dijo Justicia y Jesús le respondió: «De aquí a cuatro mil años, sobre el monte del Calvario, fuera de las puertas de Jerusalem, yo la cumpliré en mi propia persona.»

El título fué arreglado y firmado en la presencia de los ángeles de Dios, Justicia fué satisfecha y Misericordia entró predicando salvación en el nombre de Jesús.

El título fué entregado a los Patriarcas y por ellos a los Reyes de Israel y los Profetas; por ellos fué conservado hasta que se cumplieron las setenta semanas de que habló Daniel y en el tiempo señalado, Justicia apareció en el monte del Calvario y Misericordia le presentó el título importante.

«¿Dónde está el Hijo de Dios?», dijo Justicia. Misericordia contestó: «¡He aquí! allí está al pie del monte llevando su propia cruz.» Y luego alejándose, se puso a una distancia retirada, a la hora de la prueba.

Jesús ascendió al monte seguido a la vez de su Iglesia, llorando ella.

Justicia luego le presentó el título importante, diciendo: «este es el día cuando esta obligación ha de ser cumplida.»

Cuando él recibió el título ¿lo hizo pedazos dándolo a los vientos del cielo?

Nó, él lo clavó en la cruz exclamando: «consumado está.»

Luego Justicia mandó caer fuego santo del cielo para consumirlo. Fuego santo descendió y tragó su humanidad pero cuando tocó su divinidad se apagó y hubo tinieblas en el cielo, pero «Gloria á Dios en las alturas, en la tierra paz, y buena voluntad para los hombres.»

La Esclava

Cerca de la costa occidental de Africa hay un lugar donde recién ahora empieza á tener entrada el evangelio y donde todavía se cometen muchas crueldades.

Una niña allí vino, en contacto con los misioneros y llegó á gozarse hallando en Jesús á su Salvador.

Una vez fué celebrada una fiesta de la cosecha, y cada uno de los creyentes traía ofrendas para el Señor. Después de la predicación, cada uno venía entregando lo que había traído para ese objeto. Unos depositaban de los frutos de la tierra, algunos hasta flores. El que traía una moneda de valor de 6 ó 12 centavos era considerado rico.

La niña mencionada, de 16 años de edad, se adelantó á su vez, y, con sorpresa de todos los presentes, sacó de entre su vestido harapiento la suma equivalente á más de dos pesos. El misionero meneó la cabeza con dudas y al fin de la reunión interrogó á la niña, preguntándole como lo había adquirido, y si ella lo había ganado.

La negrita levantó con toda franqueza sus ojos y contestó con toda sencillez: yo tenía tanto deseo para traer una ofrenda para mi Salvador; pero, para agradecer al que tuvo tanto amor para conmigo y me dió tanta paz, todo me parecía poco. Entonces fui á una plantación y me ven-

dí como esclava por el resto de mi vida y le traigo á Ud., para la obra del Señor Jesús, el precio de mi vida.

Nada menos que el valor de toda su vida pareció suficiente, en concepto de esa hija del Africa, para su Salvador, que la compró con su preciosa sangre.

Lector, ¿cuánto vale el Salvador para tí?

CRONICA

Bienvenida.—En la última visita de nuestro Superintendente, fueron recibidos como miembros probando de nuestra Iglesia las siguientes personas:

Rosa de González
Amalia Petersen
María Koppmann
Desiderio Gutiérrez
José González
María Gutiérrez

y miembros plenos:

Jo é Domingo Concha
Raquel P. de Briebe
Telésforo Leiva
Herminia de Peña
Amelia Peña
Matilde G. de Gaete
Celima v. de Fontena

á quienes damos la bienvenida al seno de nuestra congregación.

Correspondencia.—Tendríamos mucho gusto en desarrollar esta sección noticiosa de la obra en otras partes y solicitamos la cooperación de algunos hermanos que puedan hacerlo. Tenemos que reconocer que la correspondencia falta á causa de la inseguridad que hay en la publicación del periódico, pero parece que el cambio que hemos hecho de imprenta nos va á permitir hacer nuestra visita quincenal á nuestros lectores, lo que no nos atrevemos á asegurar en absoluto á causa de no depender esto del Consejo de administración y confiamos

unicamente en las promesas que nos ha hecho el impresor de que en lo sucesivo no ocurrirá ningún atraso.

Diario de Juan Wesley—Con este número empezamos nuevamente á publicar este interesante trabajo que habíamos suspendido y cuya lectura aconsejamos á nuestros lectores.

Visita.—Por algunos días tuvimos el gusto de tener entre nosotros á nuestro amado hermano Anjel Custodio Saldaña, director de los internados de la Misión Araucana en Maquehue. El Viernes pasado tomó parte en nuestra reunión á domicilio en casa del hermano Juan B. Santander.

MI DIOS

Hay muchos dioses: tantos como hombres talvez, y hoy quiero hablaros de *mi* Dios, pero se me ocurre preguntarte antes, mi querido lector, ¿quién es tu Dios y dónde está?

Esas preguntas son difíciles de contestar si tu Dios no es el Dios mío porque si no es el mismo es el otro y el otro no tiene hijos que reconozcan á su padre legítimo. Si yo digo á alguien: «tú, hijo de tu padre el diablo, eres», de seguro que no solamente no me creerá sino que protestará indignado, pero tampoco podrá decir que es hijo del Dios Altísimo porque esta declaración no podrán hacerla sino los labios puros de un puro corazón que ama á Dios.

Mi Dios es aquel sér lleno de amor que me cuida en cada uno de los momentos de mi vida, aquel sér que vela mis sueños, aquel que en los pasos peligrosos va conmigo, aquel sér tan magnánimo y lleno de amor que perdona mis iniquidades y pecados por grandes y negros que ellos

sean, no porque transija con el pecado sino porque su amor es eterno.

Yo amo á mi Dios, pero en algunos actos de mi vida suelo ser ingrato con mi Dios, pero El siempre me ama y me consuela. Su amor no es aquel de las madres mal enseñadoras que hacen consistir su amor en manifestaciones exteriores de cariño á sus hijos dejándoles impunemente hacer lo que ellos quieran, sino aquel amor que castiga y reprende al hijo que no va derechamente.

«*Dios al que ama, castiga*» y en esto he conocido el gran amor de mi Padre, en que me castiga. Siempre que una nueva calamidad viene sobre mí, no miro ni busco su origen temporal, no busco el culpable, sino que busco y veo la mano de mi Dios castigando mi pecado y desobediencia.

«*Todas las cosas ayudan á bien á los que aman á Dios*» y en todo he conocido que yo amo á mi Dios, en que todo es para mi propio bien.

Dije al principio que hay muchos dioses y como es natural que esta atrevida declaración se esplique, voy á probar que hay miles y millones de dioses.

Oigamos algunas de las declaraciones de algunos cristianos y no cristian.

«Dios no es tan exigente y no necesita de tanta oración» dice uno á quien no agrada la oración incesante.

«Dios es tan bueno que me bastará con un buen arrepentimiento á la hora de mi muerte», dice otro de más allá.

«Dios es justo y no puede condenar eternamente á nadie por unos pocos años de vida aquí en la tierra» dice un tercero.

«Dios no se ocupa de cosas tan insignificantes» dice aquel.

«Dios es un mito», dice un ateo y así cada cual hace á Dios á su imagen, y semejanza, un Dios cómodo que no se mete para nada en sus cosas, un Dios que tiene la obligación de hacer la voluntad del hombre.

¿No es verdad, mi querido lector, que tú tienes también un Dios conforme á tus deseos?

Bien, mi Dios no es el mismo tuyo porque mi Dios quiere que yo haga su voluntad y que yo sea su siervo sin voluntad propia, sin deseos propios, sino un siervo humilde y flexible, dispuesto siempre á obedecer su mandato, listo siempre para decir: «Heme aquí, Señor.

Este, pues, es mi Dios, el Dios grande en amor y misericordia, pero también grande en justicia, que vomitará de su boca á los tibios que no alabaron y glorificaron á Dios con todo su ser y su persona entera.

¡Gloria sea á mi Dios! al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob! al Dios clemente y benigno, grande en misericordia para siempre jamás!

E. E.

Un relato de Mr. Moody

Oí una vez relatar á Mr. Moody el siguiente incidente: Mientras él dirigía un culto en cierta ciudad, fué invitado á comer con una familia cristiana cuya amistad había cultivado. En el curso de su conversación y á la hora de la comida, la señora le dijo que ella daba clase por la tarde, en una Escuela dominical.

Al siguiente Domingo por la tarde, al terminar el culto que él dirigía, esta misma mujer vino hacia donde estaba él para darle las gracias por su sermón. Después de expresarle gratitud por su bondad, le dijo: «Yo creía que usted daba clase en la Escuela Dominical á esta hora.» «La doy—contestó ella;—pero sólo había cinco niños en mi clase, y por eso les permití que se ausentaran hoy, que yo podía oírle predicar.» «Creerá usted que soy tan cándido, hermana mía?—replicó el gran evangelista. Temo que usted no aprecie verdaderamente sus oportunidades y responsabilidades. ¡Cinco niños! Pense lo que eso significa.

Ellos serán cinco hombres dentro de pocos años. ¿Qué clase de hombres? Hombrs puros y nobles, que ayudarán á otro á vivir la misma vida, ú hombres cuyas vidas sean dañosas y corrompidas, é induzcan á dañar y corromper otras vidas? Eso depende grandemente de lo que usted haga por ellos y con ellos durante estos años de su infancia. Están en sus manos y usted puede convertirlos casi en lo que quiera. Ningún privilegio más grande pudiera tener un cristiano que aquel que nos permite ayudar á formar el destino de cinco niños.»

Por supuesto, que esto es sólo una parte de la exhortación de Mr. Moody. Nunca la he podido olvidar. Entonces era yo pastor joven y me hizo tal impresión, que todavía recuerdo sus palabras. Esto me hizo examinar y descubrir si yo tenía ó nó la verdadera responsabilidad de lo que es traer *tan sólo un pequeño á Cristo.*

Africa Central

Okapango.—Junio 6 de 1911.—Durante los últimos quince días seis personas han profesado fe en Cristo, lo que nos anima mucho. Una de estas fué convertida durante un viaje llevando carga en compañía con cargadores creyentes. No son pocos los que han sido convertidos en esos viajes largos, cuando noche tras noche los creyentes en la caravana testifican del Señor alrededor del fuego del campamento. Imagínense el cuadro: un campamento de cargadores en la soledad de un bosque de Africa: el grupo de casitas de paja ligeramente construídas por los hombres después de la marcha del día; el gran fuego en medio con el círculo de oyentes escuchando atentamente á algún «evangelista cargador», quien, después de llevar su cargamento pesado durante el día, no está demasiado cansado para hablar de Aquél que cargó nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero.

H. L. GAMMON.

que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre» abra más y más entre Udes. la puerta de la fe, hasta que se llene su casa y hasta que recoja los esparcidos de Israel: y que sea oída aquella oración por sus adversarios. «Llenos de vergüenza sus rostros, para que busquen tu nombre, oh Señor.»

En cuanto á la manera exterior de que hablo, en que fueron afectados los traspasados por la espada del Espíritu, no es admirable que ésta les sorprendiera en el principio, por cuanto son tan raros los que son así traspasados y heridos. Sin embargo, alguno de los casos me parecen asemejarse á la manera en que Pablo y el carcelero fueron afectados: como también los oyentes de Pedro, Act. II. El último caso sucedido de que algunos luchaban como en las agonías de la muerte, fué el de una mujer y de tal manera que cuatro ó cinco hombres fuertes apenas podían sujetarla, aunque débilmente, para que no se hiciera daño á sí misma ó á otros: esto es para mí un poco más inexplicable á no ser que se parezca al niño que habla en Mar. 9:26, y Luc. 9:42, del que se dice que «mientras venía, el diablo le tomó y le despedazó.» No pretendo explicar qué influencia pueden tener sobre el cuerpo los despertamientos repentinos y agudos, pero no dudo que Satanás, hasta donde tiene poder, se empeña en esas ocasiones, para impedir la buena obra en las mismas personas así tocadas con las agudas flechas de la convicción, y también para desprestigiar la obra de Dios, como sirviendo esto para destruir á la gente.—Sin embargo, el resultado misericordioso de estos conflictos en la conversión de las personas así afectadas, es la cosa importante...—RALPH ERSKINE.

Julio 1.º.—Una madre ofendida.—Prediqué á cerca de cinco mil sobre el consejo favorito del infiel de Ecclesiastes, (sobre el cual sus hermanos ponen hoy día tanto én-

fasis.) «No seáis demasiado religiosos.» En H. y en R. G. expliqué: «Y cuando no tuvieron nada con qué pagarles perdoné á ambos.» Una señorita cayó en una violenta agonía tanto de cuerpo como de mente, como igualmente sucedió á cinco ó seis en la noche en el nuevo local; y muchos se ofendieron grandemente á sus gritos. La misma ofensa fué causada por uno en W. y en la noche por ocho ó nueve en G. La primera que fué conungida era L. W. cuya madre se había ofendido mucho unos días antes, cuando supo cómo su hija se había hecho ridícula ante la congregación. La misma cayó en seguida y perdió sus sentidos en un momento, pero volvió á casa con su hija llena de gozo, como sucedió con la mayor parte de los heridos.

Luego después de la reunión fui para visitar á la señora de L., cuyos parientes más cercanos la instaban contra el ser «demasiado religiosa», usando el mismo motivo antiguo: «¿Por qué destruirte á tí misma?» Ella contestó todo lo que decían con mansedumbre y amor y permaneció firme é inamovible. Sufre trabajos aún tú, soldado de Cristo!

Perseguida, más no desamparada: desgarrada por las tentaciones interiores y rodeada por las exteriores, más no cediendo á ninguna. Oh, que la paciencia tenga su obra perfecta.

Sab. 7.—Mr. Whitefield convencido.—Tuve una oportunidad para conversar con Mr. Whitefield sobre aquellas manifestaciones que con tanta frecuencia habían acompañado la obra interior de Dios. Ví que sus objeciones fueron fundadas principalmente sobre representaciones gravemente erradas de los hechos. Pero el día siguiente tuve una oportunidad para informarse mejor: porque en cuanto comenzó, en la aplicación de su sermón, á invitar á los pecadores á creer en Cristo, cayeron cuatro per-